

David Perry B.

Dos hombres puros



TRANSCURRIDOS ya muchos lustros de la muerte de ese forzado precursor de nuestra liberación intelectual y moral que fue don Alejandro Venegas, su amigo de toda la vida, don Enrique Molina, ha sentido que no había saldado bien sus cuentas con el amigo desaparecido y le ha consagrado un hermoso opúsculo destinado a exaltar su recuerdo y poner una vez más de relieve los altos méritos que hacen del singular doctor Valdés Cange una figura imperecedera en nuestras letras. Compañeros de estudios en el primer curso de nuestro naciente Instituto Pedagógico, siguieron juntos un largo trecho por las rutas de la meditación, del trabajo y de las letras, y la muerte de uno de ellos tampoco ha podido separarlos, puesto que el que está presente entre los vivos sigue cultivando la memoria del ausente y muestra su ejemplo para norma y orientación de las nuevas generaciones.

Alejandro Venegas fue un hombre libre, un carácter firme, un espíritu independiente. Venido de las clases humildes y dueño de una vasta cultura, que le permitía enfocar sin prejuicios ni convencionalismos el panorama integral de la vida chilena, se sintió alarmado y herido en lo más vivo por los vicios de nuestra organización social, por la odiosa división de las clases sociales, por el cúmulo de convenciones apriorísticas que anquilosaban y asfixiaban la vida nacional, aplastando las fuerzas vivas de la raza bajo una pirámide de

privilegios injustos y diferencias tradicionales. El se enfrentó con la sociedad de principios de este siglo, con la orgullosa plutocracia de los nietos de los encomenderos de la Colonia, con la insolencia y la soberbia huecas de la gente bien que se mantenía a horcajadas sobre el pueblo gracias al dominio hereditario de la tierra y del poder político. Sintiendo que un orden social tan injusto era fatal para los de abajo, que vivían embrutecidos por un trabajo físico abrumador, sin esperanzas de abrir los ojos a la luz del saber y redimirse de la esclavitud, y fatal también para los de arriba, que liberados de todo esfuerzo fecundo por el trabajo abrumador de los siervos vegetaban en la ociosidad, la frivolidad y la estupidez, se impuso la magna tarea de revelar a la cruda luz del día nuestros males profundos, y no dio tregua a su actividad hasta caer rendido en su empresa. Viajó infatigable de una a otra punta del país para palpar y conocer a fondo la tragedia del peón de las estancias magallánicas, que lucha con la estepa ilímite, las nieves y los vientos polares, y también la del calichero que se agosta al sol y riega de sudor la costra sedienta de la Pampa. Palpó la mezquindad asfixiante de las sociedades provincianas, divididas en tantas categorías como familias de esas respetables y lamentables señoras lugareñas, que no abren jamás el pesado fardo de sus preocupaciones al libre examen del pensamiento, ni los poros de la piel, cerrados por la grasa y los cosméticos, a la luz y el aire vivos. Para realizar sus viajes tenía que salvar enormes dificultades. La penuria económica lo obligaba a viajar en tercera y en la cubierta de los barcos, lo que no le era particularmente odioso, pues amaba la vecindad del pueblo, más vital, honrado y sincero que la gente acomodada. Pero el peso de las vanidades sociales lo obligaba a viajar de incógnito, pues el convencionalismo de nuestra sociedad es tan rígido o poco menos que el tabú del salvaje. Si el bárbaro condena a muerte al miembro de la tribu que no se pone las mismas plumas y zarandajas que los demás, o que no somete todos sus actos a las mismas férreas ritualidades, porque todas las costumbres de los antepasados tienen carácter sagrado, ya que esos mismos antepasados son los dioses que veneran; por su parte nuestra sociedad expulsa de

su seno, destituye de sus cargos y niega la sal y el agua al individuo de una categoría social que no observa todas las normas y modalidades de sus clases. Mientras más alejada está esa clase social del trabajo efectivo y útil, de la viva fuente de la naturaleza, mientras más falsas son las premisas en que asienta sus privilegios y su medro, más rígidas e inamovibles son las apariencias de que se reviste, pues a falta de verdad se envuelve en un manto policromo de vistosas mentiras y en vez de honradez y sinceridad presenta todo un sistema de presunciones, un código de falsedades. La incapacidad y la ignorancia, el abuso inicuo, pasan a tener carácter tradicional y sagrado en poder de la clase social usufructuaria, pues si tolera que se pruebe la solidez de uno sólo de sus puntales, luego se derrumbará todo el edificio.

Contra toda esta pesada y hosca estructura se estrelló indignado Alejandro Venegas, fue crucificado como todos los redentores. En vano protestó contra la opresión de los humildes, contra la muerta pesadez del orden social, contra la pétrea quietud del pensamiento, contra el bajo sensualismo que todo lo subordinaba a la conservación de un miserable patrimonio material. Sus libros y folletos, sus cartas a los gobernantes, sus discursos y conferencias, la enseñanza de su clase, no hallaban el eco adecuado. Muy por el contrario, todos los ahitos del régimen imperante lo atacaron solapadamente, le hicieron el vacío, lo tildaron de siútico y ridículo en los salones. Más de una mujer que se sintió atraída por su postura libre y arrogante, por su audacia rebelde, pues un instinto seguro le anuncia a la mujer donde está el nervio y el impulso verdadero, soñó en la intimidad compartir el pan amargo del solitario. Pero todo fue inútil. Pudo más la resistencia solapada y sorda, el vacío vertiginoso, el chisme, la calumnia, el pelambrillo, toda esa utilería deleznable que se mueve desde la sombra. Jamás se le presentó batalla abierta. Se sabían que estaban de su parte la verdad y la justicia, y la iniquidad, el abuso y el prejuicio no le darían combate. Pero se le dejaba vociferar en la soledad como un demente, se cerraban las puertas a su paso, se buscaba mañosamente para herirlo. Al fin el gigante quedó

atado en tierra por las finas cuerdas de los liliputienses. Perdió sus cargos de profesor y vicerrector de liceo, se le arrojó a la soledad y a la pobreza, se echó un pesado silencio de aguas muertas sobre sus obras y su nombre. Y esa obra es de una pureza moral deslumbradora, de una audacia estupenda, de una calidad artística superior en muchos países. “Cuando la literatura chilena tenga un alma —dice el señor Molina— se hará en ella un sitio de honor a la obra de Alejandro Venegas”. La frivolidad imperante en nuestra literatura ha retardado la hora de la justicia póstuma para Alejandro Venegas. Pero el ensayo que le consagra don Enrique Molina constituye un homenaje magnífico y es un fiel espejo de las altas cualidades y las virtudes de su héroe. Agradecemos al señor Molina esta ofrenda que deposita en la tumba olvidada de su amigo del alma y unamos en nuestra gratitud su nombre al de aquel luchador magnánimo que inmoló su profesión, su tranquilidad, su derecho al amor, y tal vez su vida, por levantar de la frente del humilde el pesado yugo de la injusticia y por librarnos a todos de la estratificación del pensamiento y la tiranía del convencionalismo.